



#### CAPITULO IV

En el que se cuenta  
la espantosa aventura del locero y la  
historia del trapiento

Ninguna fantasma ni espectro espanta al hombre más cierta y constantemente que la conciencia criminal. En todas partes lo acosa y amedrenta, y siempre á proporción de la gravedad del delito, por oculto que éste se halle. De suerte que, aunque nadie persiga al delincuente y tenga la fortuna de que no se haya revelado su iniquidad, no importa; él se halla lleno de susto y desasosegado en todas partes. Cualquiera casualidad, un ligero ruido, la misma sombra de su cuerpo, agita su



espíritu, hace estremecer su corazón y le persuade que ha caído ó está ya para caer en manos de la justicia vengadora. El desgraciado no vive sin fatiga, no come sin amargura, no pasea sin recelo y hasta su mismo sueño es interrumpido del susto y del sobresalto. Tal era mi estado interior cuando entré en esta capital. A cada paso me parecía que me daban una paliza ó que me conducían á la cárcel. Cualquiera que encontraba vestido de negro me parecía que era Chanfaina; cualquiera vieja me asustaba, figurándome en ella á la mujer del barbero; cualquier botica, cualquier médico... ¡qué digo! hasta las mulas me llenaban de pavor, pues todo me recordaba mis maldades.

Algunas veces se me paseaba por la imaginación la tranquilidad interior que disfruta el hombre de buena conciencia, y me acordaba de aquello de Horacio cuando dice á Fusco Aristio: <sup>1</sup>

El hombre de buen vivir  
Y aquel que á ninguno daña,  
No ha menester el escudo  
Ni flechas emponzoñadas.  
Por cualesquiera peligros  
Pasa y no se sobresalta,  
Seguro en que su defensa  
Es una conciencia sana.

Pero estas serias reflexiones sólo se quedaban en

<sup>1</sup> No es traducción literal, sino alusión á la oda 22 de Horacio, que comienza: *Integer vitæ scelerisque purus*, etc.

paseos y no se radicaban en mi corazón; con esto las desechaba de mi imaginación como malos pensamientos sin aprovecharme de ellas, y sólo trataba de escaparme de mis agraviados, por cuya razón lo primero que hice fué procurar salir de la capa de golilla, así por quitarme de aquel mueble ridículo, como por no tener conmigo un innegable testigo de mi infidelidad. Para esto, luego que llegué á México y en la misma tarde, fuí á venderla al Baratillo que llaman del *piojo*, porque en él trata la gente más pobre y allí se venden las piezas más sucias, asquerosas, despreciables y aun las robadas.

Doblé, pues, la tal capa en un zaguán, y con sólo sombrero y vestido de negro, que parecía de á legua colegial huído, fuí al puesto del baratillero de más crédito que allí había.

Por mi desgracia estaba éste encargado por el doctor Purgante (que en realidad se llamaba don Celidonio Matamoros, aunque con más verdad podía haberse llamado *Matacristianos*); estaba, digo, el baratillero encargado de recogerle su capa, si se la fueran á vender, habiéndole dejado las señas más particulares para el caso.

Una de ellas era un pedazo de la vuelta, cosido con seda verde, y un agujerito debajo del cuello, remendado con paño azul. Yo en mi vida había reparado en semejantes menudencias; con esto fuí á venderla muy fresca-



mente, y por desgracia se acordó del encargo el baratillero, y lo primero con que tropezaron sus ojos, antes de desdoblarla, fué el pedazo de la vuelta cosido con seda verde.

Luego que yo le dije que era capa y de golilla, y vió la diferencia de la seda en la costura, me dijo: — Amigo, esta capa puede ser de mi compadre don Celidonio, á quien por mal nombre llaman el doctor Purgante. A lo menos, si debajo del cuello tiene un remiendito azul, ciertos son los toros. — La desdobló, registró y halló el tal remiendito. Entonces me preguntó si aquella capa era mía, si la había comprado ó me la habían dado á vender.

Yo, embarazado con estas preguntas y no sabiendo qué decir, respondí que podía jurar que la capa ni era mía ni la había adquirido por compra, sino que me la habían dado á vender.

—¿Pues quién se la dió á vender á usted; cómo se llama y dónde vive ó dónde está? me preguntó el baratillero. — Yo le dije que un hombre que apenas lo conocía; que él sí me conocía á mí; que yo era muy hombre de bien, aunque la capa andaba en opiniones, pero que por allí inmediato se había quedado.

El baratillero entonces le dijo á un amigo suyo, que estaba en su tienda, que fuera conmigo y no me dejara hasta que yo entregara al que me había dado á vender

la capa; que se conocía que yo era un buen verónico, pero que aquella capa la había robado á don Celidonio un mozo que tenía, conocido por Periquillo Sarniento, juntamente con una mula ensillada y enfrenada, una gualdrapa, una peluca, una golilla, unos libros, algún dinero y quién sabe qué más; y así que, ó me llevara á la cárcel, ó entregara yo al ladrón, y entregándolo que me dejase libre.

Con esta sentencia partí acompañado de mi alguacil, á quien anduve trayendo ya por esta calle, ya por la otra sin acabar de encontrar al ladrón con ir tan cerca de mí, hasta que la adversa suerte me deparó sentado en un zaguán á un pobre embozado en un capote viejo.

Luego que lo ví tan trapiento lo marqué por ladrón, como si todos los trapientos fueran ladrones, y le dije á mi corchete honorario que aquel era quien me había dado la capa á vender.

El muy salvaje lo creyó de buenas á primeras, y volvió conmigo á pedir auxilio á la guardia inmediata, la que no se negó, y así, prevenido de cuatro hombres y un cabo, volvimos á prender al trapiento.

El desdichado, luego que se vió sorprendido con la voz de *date*, se levantó y dijo: — Señores, yo estoy dado á la justicia; ¿pero qué he hecho ó por qué causa me he de dar? — Por ladrón, dijo el corchete. — ¿Por ladrón? replicaba el pobrete, seguramente ustedes se han equi-



vocado. — No nos hemos equivocado, decía el encargado del baratillero; hay testigos de tu robo, y tu mismo pelaje demuestra quién eres y los de tu librea. Amárrrenlo.

— Señores, decía el pobre; vean ustedes que hay un diablo que se parezca á otro; quizá no seré yo el que buscan; que haya testigos que depongan contra mí, no es prueba bastante para esta tropelía, cuando sabemos que hay mil infames que por dos reales se hacen testigos para calumniar á un hombre de bien; y por fin, el que sea un pobre y esté mal vestido no prueba que sea un pícaro; el hábito no hace al monje.

Conque, señores; hacerme este daño sólo por mi indecente traje ó por la deposición de uno ó dos pícaros comprados á vil precio, sin más averiguación ni más informe, me parece que es un atropellamiento que no cabe en los prescritos términos de la justicia.

Yo soy un hombre á quienes ustedes no conocen y sólo juzgan por la apariencia del traje; pero quizá bajo de una mala capa habrá un buen bebedor; esto es, quizá bajo de este ruin exterior habrá un hombre noble, un infeliz y un honrado á toda prueba.

— Todo está muy bien, decía el encargado de corchete; pero usted le dió á este mozo (señalándome á mí), una capa de golilla para que la vendiera, con la que juntamente se robaron una mula con su gualdrapa, una

golilla, una peluca y otras maritatas; y este mismo mozo ha descubierto á usted, quien ha de dar razón de todo lo que se ha perdido.

— ¡Qué capa, ni qué mula, ni qué peluca, golilla ni gualdrapa, ni qué nada sé yo de cuanto usted ha dicho!

— Sí, señor, decía el alguacil; usted le dió al señor á vender la capa de golilla; el señor conoce á usted y quien le dió la capa ha de saber de todo.

— Amigo, me decía el pobre muy apurado, ¿usted me conoce? ¿Yo le he dado á vender alguna capa, ni me ha visto en su vida?

— Sí, señor, replicaba yo entre el temor y la osadía; usted me dió á vender esa capa, y usted fué criado de mi padre.

— ¡Hombre del diablo! decía el pobre, ¿qué capa le he vendido á usted, ni qué conocimiento tengo de usted ni de su padre?

— Sí, señor, decía yo; el señor lo quiere negar; pero el señor me dió á vender la capa.

— Pues no es menester más, dijo el corchete; amárrren al señor, ahí veremos.

Con esto amarraron al miserable los soldados, se lo llevaron á la cárcel y á mí me despacharon en libertad. Tal suele ser la tropelía de los que se meten á auxiliar á la justicia sin saber lo que es justicia.



Yo me fuí en cuerpo gentil, pero muy contento al ver la facilidad con que había burlado al baratillero, aunque por otra parte sentía el verme despojado de la capa y de su valor.

En estas y semejantes boberías maliciosas iba yo entretenido, cuando oí que á mis espaldas gritaban: *jatajen, atajen!* Pensé en aquel instante que seguramente se había indemnizado el pobre á quien acababa de calumniar, y venían en mi alcance los soldados para que se averiguara la verdad, y apenas volví la cara y ví la gente que venía corriendo por detrás, cuando, sin esperar mejor desengaño, eché á correr por la calle del Coliseo como una liebre.

Ya he dicho que en semejantes lances era yo una pluma para ponerme en salvo; pero esa tarde iba tan ligero y aturdido, que al doblar una esquina no ví á un indio loco que iba cargado con su loza, y atropellándolo bonitamente lo tiré en el suelo boca abajo, y yo caí sobre las ollas y cazuelas, estrellándome algunas de ellas en las narices, á cuyo tiempo pasó casi sobre de mí y del loco un caballo desbocado, que era por el que gritaban que atajasen.

Luego que lo ví me serené de mi susto, advirtiéndome que no era yo el objeto que pretendían alcanzar; pero este consuelo me lo turbó el demonio del indio que en un momento y arrastrándose como lagartija salió de

debajo de su *tapextle*<sup>1</sup> de loza, y afianzándome del pañuelo me decía con el mayor coraje: — Agora lo veremos si me lo pagas mi loza, y paguemelosté de prestito; porque si no el diablo nos ha de llevar *orita orita*. — Anda noramala, indio *macuache*, le dije, ¿qué pagar, ni no pagar? Y ¿quién me paga á mí las cortadas y el porrazo que he llevado?

— ¿Yo te lo mandé osté que los fueras atarantado y no lo vías por donde corres como macho azorado? — El macho serás tú y la gran cochina que te parió, le dije; indigno, maldito, cuatro orejas,<sup>2</sup> —acompañando estos requiebros con un buen puñete que le planté en las narices con tales ganas, que le hice escupir por ellas harta sangre.

Dicen que los indios, luego que se ven manchados con su sangre, se acobardan; mas éste no era de esos. Un diablo se volvió luego que se sintió lastimado de mi mano, y entre mexicano y castellano me dijo: — *Tlacatecoltl*, mal diablo, *lagron*, jijo de un *dimoño*; agora lo veremos quién es cada cual. — Y diciendo y haciendo, me comenzó á retorcer el pañuelo con tantas fuerzas, que ya me ahogaba, y con la otra mano cogía ollitas y cazuelas muy aprisa y me las quebraba en la cabeza; pero me

<sup>1</sup> Aunque vulgarmente llaman así á las escalerillas de tablas para cargar algo á cuestras, es con equivocación, pues su nombre en idioma mexicano es *cacaxtli*. E.

<sup>2</sup> En el modo común como los indios se cortan el pelo, les queda un trozo de éste delante de cada oreja que llaman *barcarrota*, y aludiendo á esto se les dice por apodo *cuatro orejas*. E.



las estrellaba tan pronto y con tal cólera, que si como eran ollitas vidriadas, esto es, de barro muy delgado, hubieran sido tinajas de Cuautitlán, allí quedo en estado de no volver á resollar.

Yo, casi sofocado con los retortijones del pañuelo, abriendo tanta boca y sin arbitrio de escaparme, procuré hacer de tripas corazón, y como los dos estábamos cerca de las ollas, que eran nuestras armas, cuando el indio se agachaba á coger la suya, cogía yo también la mía, y ambos á dos nos las quebrábamos en las cabezas.

En un instante nos cercó una turba de bobos, no para defendernos ni apaciguarnos, sino para divertirse con nosotros.

La multitud de los necios espectadores llamó la atención de una patrulla que casualmente pasaba por allí, la que, haciéndose lugar con la culata de los fusiles, llegó á donde estábamos los dos invictos y temibles contendientes.

A la voz de un par de cañonazos, que sentimos cada uno en el lomo, nos apartamos y sosegamos, y el sargento, informado por el indio de la mala obra que le había hecho y de que lo había provocado dándole una trompada tan furiosa y sin necesidad, me calificó reo en aquel acto, y requiriéndome sobre que pagara cuatro pesos que decía el loco que valía su mercancía, dije que yo no tenía un real, y era así; porque lo poco que

me dieron por las frioleras que vendí, ya lo había gastado en el camino.—Pues no le hace, replicó el sargento, páguele usted con la chupa, que bien vale la mitad; ó si no, de aquí va á la cárcel. ¿Conque tras de hacerle este daño á este pobre y darle de mojicones, no querer pagarle? Eso no puede ser; ó le da usted la chupa ó va á la cárcel.

Yo, que por no ir á semejante lugar le hubiera dado los calzones, me quité la chupa, que estaba buena, y se la dí. El indio la recibió no muy á gusto, porque no sabía lo que valía; juntó los pocos *tepalcates* que halló buenos, y se fué.

Yo, para hacer lo mismo por mi lado, busqué mi sombrero, que se me había caído en la refriega; pero no lo hallé ni lo hallara hasta el día del juicio, si lo buscara, pues alguno de los malditos mirones, viéndolo tirado, y á mí tan empeñado en la acción, lo recogió, sin duda, con ánimo de restituírmelo en tres plazos.<sup>1</sup>

Mientras que me ocupé en buscar mi dicho sombrero, en preguntar por él y disimular la risa del concurso, se alejó el indio mucho trecho; la patrulla se retiró, la gente se fué desparramando por su lado, y yo me fuí por el mío sin chupa ni sombrero, y con algunos araños en la cara, muchos chinchones, y dos ó tres ligeras roturas de cabeza.

<sup>1</sup> Se entienden los del tramposo: tarde, mal ó nunca. E.